

sas, pero pesadas; porque los que se propongan resistir al mal, es necesario que conozcan el bien; y no el bien en su aislamiento, en su naturaleza absoluta é independiente, en su generalidad abstracta y vaga, sino en su forma aplicable á las circunstancias, adaptada á las necesidades de la época, acomodada al espíritu del siglo, en armonía con las costumbres dominantes; conviene no dejar á los adversarios el pretexto de que se trata de combatir la ilustración y el adelanto por medio de declamaciones ignorantes y fanáticas, conviene que los sostenedores de la religión y de los sanos principios en materias políticas, se presenten á los ojos del público con el prestigio que siempre acompaña al verdadero saber; y que en ofreciéndose la oportunidad, puedan dar á sus adversarios lecciones severas, mostrándoles que también se hallan los buenos á la altura de los conocimientos de la época; que cuando aprueban, no es por una deferencia ciega, ni por una parcialidad interesada; que cuando condenan, no es por falta de conocimiento de causa, no es por ignorancia, no es por rencorosa malicia, sino á impulsos de convicciones profundas, á la luz de abundante doctrina. De esta suerte se ha de conquistar un puesto aventajado en la opinión pública; de esta suerte se han de rechazar las calumnias de los enemigos, y desvanecer las preocupaciones de los ilusos; así, y solo así, se alcanza influencia legítima en los negocios públicos, se adquiere el derecho de amonestar á los gobernantes con decorosa firmeza; así, y sólo así, se logra que en circunstancias críticas, en momentos peligrosos, preste atento oído la nación á una voz independiente que clama por el bien público, que señala los escollos en que corre á zozobrar la nave del Estado; así, y sólo así, se obtiene que un grito de *Alerta* dado con imponente osadía, pare el brazo levantado ya y pronto á descargar el golpe, y haga retroceder á los gobernantes que se empeñaran en caminos de perdición.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EXISTENCIA DE DIOS.

En el número anterior demostramos la imposibilidad de arreglarse por el mero *acaso* el sistema planetario; y de consiguiente con mayor razón el del universo. Con riguroso cálculo se puso de manifiesto, que no sólo era absurda semejante suposición tratándose de un movimiento ordenado continuo, sino también con respecto á una colocación momentánea. Pero al esforzar aquel argumento, estríbamos siempre en la hipótesis de que los cuerpos celestes estaban ya formados, habiéndose reunido los átomos para constituir aquellas masas enormes. Así, absurdo como era el supuesto de la ordenada combinación casual, no lo era tanto sin embargo cual se presentará si abandonamos aquella hipótesis que por un momento permitíamos á nuestros adversarios, pero que no dejaba de ser enteramente arbitraria. En efecto: ¿qué razón existe para suponer por ejemplo las partículas que forman el cuerpo celeste que apellidamos Saturno reunidas ya en una sola masa? ¿la formaron desde toda la eternidad ó nó? ¿qué razón puede imaginarse para apoyar esta sentencia? Se hablará de necesidad, será así porque es así; es decir, se afirmará gratuitamente la existencia de un hecho que en nada puede afianzarse. Movidos sin duda por esta reflexión los defensores del *acaso*, han sostenido que el universo había pasado por una infinidad de transformaciones; y de una ú otra manera admitieron el caos primitivo, suponiendo entregados todos los átomos á un movimiento ciego, necesario, perenne hasta encontrar la conveniente situación, las

leyes de armonía que en la actualidad vemos dominar sobre la materia.

Claro es, que si la probabilidad de situarse los cuerpos en la combinación correspondiente no existía, ó más bien, si era infinitamente grande la probabilidad en contrario, será si cabe más infinita esta última, cuando no supongamos formadas ya las masas; porque entonces los objetos combinables serán en un número infinitamente mayor, y de consiguiente la teoría de las combinaciones y de las probabilidades arrojará nuevos torrentes de luz, haciendo más sensible y palpable el absurdo que se ven precisados á devorar los que no admiten la existencia de Dios.

El lector recordará el punto de evidencia á que llegó la demostración del absurdo, suponiendo la combinación de solos doce cuerpos; ¿qué será si los descomponemos en partes, y recordamos los experimentos que nos manifiestan la inconcebible divisibilidad de la materia? ¿si atendemos á las razones que la prueban tan grande, hasta el punto de que algunos sostienen que es infinita?

Tomemos por ejemplo la tierra; las operaciones geodésicas manifiestan que es un esferoide en que el eje mayor ó sea el diámetro del Ecuador es de 15.254,598 varas, y el eje menor ó la distancia de polo á polo, de 15.209,063 varas. Aplicando el cálculo, resulta que el volumen de la tierra es de 1,853,116,042,049,079,468,459 varas cúbicas, que evaluado en pies nos da 50.034,133,145,045,145,648,393 pies cúbicos.

Demos que la tierra se hubiese de formar de pequeñas masas, cuyo volumen fuese un pie cúbico; ¿no se pierde la imaginación al pretender orden, concierto, en ese número de cuerpos abandonados á la casualidad? ¿y qué será si la evaluación se hace en pulgadas y luego en líneas y puntos, y así en cantidades menores multiplicando los valores que resulten por el cubo de los antecedentes?

Después del número inmenso de partes que nos darían estas multiplicaciones sucesivas, todavía no habríamos hecho nada; porque estarían intactas las demás consideracio-

nes físicas que demuestran la estupenda divisibilidad de la materia. Un grano de almizcle llenará de olor un dilatado espacio durante mucho tiempo; en todos los puntos existirán moléculas de aquel cuerpo, pues donde quiera que se sitúe el órgano que recibe sus impresiones se siente afectado; y no obstante el grano de almizcle no habrá tenido disminución sensible; tanta es la divisibilidad á que han llegado sus partes. Suponed una división semejante en el globo de la tierra; ¿podría expresarse en guarismo el número que resultara? arrojad ahora todas aquellas partículas en la inmensidad del caos, hacedlas mover por el tenebroso espacio, sin más guía que la casualidad; ¿os atreveréis á esperar orden y concierto?

Adviértase ahora, que este cálculo está fundado en el solo supuesto de arreglar las partículas de la tierra; ¿y qué es ésta en comparación del universo? Calcúlase que la masa del sol es 329.630 veces mayor que la de la tierra; añadid á esto la masa de todos los planetas, de todos los cometas, con todos sus satélites, la de todas las estrellas fijas, la de los otros cuerpos que no conocemos, y que vamos descubriendo cada día, la de la luz desparramada por todo el universo, y la de los demás fluidos que divagan por la inmensidad del espacio; imaginadlo todo descompuesto, reducido á átomos, mezclado, confundido, nadando en la inmensidad; ¿quién se atreverá á pedir orden á ese desorden elevado á una potencia infinita? El espíritu se abate al fijar la mirada sobre semejante caos: la cabeza se desvanece al contemplar aquella espantosa imagen de la confusión que nos figuramos en la eterna noche del averno.

Los ateos nos objetarán que existiendo en medio del caos una ley necesaria que llevaba á los cuerpos á una combinación armónica, había de brotar el orden del seno del desorden. La materia, dirán ellos, está sujeta á leyes constantes é invariables, como nos lo está mostrando la experiencia; luego entregándola al movimiento, vendría á parar á una combinación determinada, donde resaltarían el orden y la armonía. Pero, en primer lugar, ¿quién

estableció esas leyes? sin Dios, sin inteligencia, habremos de confesar que son una *necesidad*; es decir afirmaremos gratuitamente un hecho que es de la mayor trascendencia. Cuanto más poderosas se supongan esas leyes para hacer salir el orden del desorden, tanto más están clamando que quien las ha establecido estaba dotado de inteligencia. En todas las observaciones hechas hasta aquí sobre la materia, nunca se ha notado otra cosa que indiferencia para el reposo como para el movimiento. Sometida á ciertas reglas que apellidamos con distintos nombres, pierde la dirección que aquéllas le comunican, y aumenta ó disminuye la velocidad que de las mismas recibe, si nuevos motores la impulsan, ó algunos obstáculos la detienen. La aserción pues que atribuye á su íntima naturaleza la propiedad de unas leyes altamente geométricas, es el mayor de los absurdos. Pero demos á los ateos que existiesen esas leyes anteriormente á la máquina del universo, demos que los átomos revolviéndose en la inmensidad del espacio hubiesen estado sometidos á esa necesidad ciega, origen de un orden tan admirable; ¿será posible que con ellas se hubiese formado el mundo? Newton que conocía ciertamente las dichas leyes mejor que todos los ateos, confiesa con ingenuidad, que si bien ellas bastan para dar razón del movimiento del universo una vez formado, no son suficientes empero para explicar su formación. Sabido es que el ilustre geómetra se humillaba al descubrir el dedo omnipotente en aquellas maravillas que su genio contemplaba tan de cerca; no consideraba los movimientos de los astros como efectos de una mera casualidad, sino que señalando las reglas á que estaban sometidos se abstenía de decir cuál era la causa; pero si no entraba en cuestiones metafísicas sobre la naturaleza de la misma, reconocía que fueran cuales fuesen las causas secundarias, al fin era preciso llegar á una primera, á una inteligencia infinita, á un poder sin límites, á Dios.

Una de las leyes que se consideran como fundamentales, es la que se llama de atracción ó gravitación universal.

Sabido es que ésta obra en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias; y que de esta suerte se explican los movimientos de los cuerpos celestes, no siendo las famosas leyes de Klepero más que aplicaciones ó consecuencias del principio universal. Admitida la verdad de éste, tal como suelen establecerle los físicos, y sin descender á ninguna de las cuestiones que en diferentes tiempos han dividido las escuelas, observaremos que suponiendo el mundo entregado al caos es imposible que de él saliera por la mera fuerza de la gravitación. Para que ésta obrase de manera que pudiera producir orden y armonía, sería preciso suponer esta armonía y este orden en las masas y en las distancias; porque de otra suerte no habría probabilidad de que saliese un mundo tan ordenado cual el que tenemos á la vista, sino una de las infinitas monstruosidades que podemos imaginar. ¿Quién nos ha dicho que debieran formarse nunca masas compactas? ¿cómo sabemos que se establecerían determinados centros en torno de los cuales comenzaran á verificarse las revoluciones que dieran al fin por resultado ordenados sistemas? Al sol ó á las materias de que está formado, ¿quién los constituyó centro de los movimientos de los átomos que componen los otros planetas? Antes que las fuerzas centripeta y centrifuga se combinasen para producir el movimiento elíptico, ¿por qué no se precipitaron los cuerpos al centro de atracción, ó escapándose por la tangente no anduvieron corriendo á inmensa distancia? Para que pueda existir la ley es necesario que existan los términos de la proporción que la anuncia; es necesario suponer que están determinadas las distancias y las masas; en faltando esta condición, tan lejos estuviera la ley de ser un elemento de armonía, que antes bien lo fuera de nuevo desorden. Atracción en todos sentidos, centro en todas partes; es decir en ninguna: todo desorden, todo confusión.

Suponiendo existente la fuerza de la atracción universal antes de ordenarse el mundo y de formarse los grandes

cuerpos de que se compone, mediaban obstáculos para que esta ley pudiese producir nada ordenado. Sabido es, que á más de la dicha atracción, la experiencia ha manifestado que hay otra que por analogía se apellida *atracción molecular*, más conocida generalmente con el nombre de afinidad. Así como la primera obra á largas distancias, ésta ejerce su acción á distancias insensibles, cuando los cuerpos están en contacto ó en mucha proximidad. Estando todos los átomos que componen la máquina del universo desparramados por la inmensidad del espacio, claro es que andarían de mil maneras diferentes, revueltos y confusos, de modo que la acción de la afinidad pudiese desarrollarse en varios sentidos. ¿Quién es capaz de calcular las modificaciones que las fuerzas de la atracción molecular causarían sobre los efectos de la universal? Ahora formadas ya las masas no es posible que las leyes de la afinidad desconcierten el mundo, porque estando limitada su acción á distancias muy pequeñas, se halla por decirlo así aprisionada. Pero cuando este obstáculo no existía, cuando divagando sueltos los átomos estaba lleno el mundo de una mole informe de fluidos de naturaleza muy diferente, claro es que debían resultar infinitas combinaciones que modificasen los efectos de la gravitación universal.

Concebiremos fácilmente la variedad de resultados á que esta concurrencia de causas podía dar lugar, si advertimos que las leyes de la afinidad están de suyo sujetas á muchas alteraciones. En efecto: la experiencia ha manifestado que para determinar con alguna exactitud sus resultados, es preciso atender nada menos que á siete circunstancias. 1.^a: cantidad relativa de los cuerpos que se ponen en contacto. 2.^a: si los cuerpos son simples ó compuestos. 3.^a: cohesión que entre sí tienen. 4.^a: grado de calor á que se hallan expuestos. 5.^a: cantidad y calidad del fluido eléctrico que contienen. 6.^a: peso específico de las mismas. 7.^a: presión que sufren. Andando los cuerpos revueltos, entregados al méro acaso, es evidente que se cambiarían á cada paso las indicadas circunstancias, de

lo que resultaría una confusión que no es necesario ponderar.

Extrañeza causa por no decir indignación, el ver que se echa mano de tamaños despropósitos para eludir las inconcusas razones con que se demuestra la existencia de Dios; imposible parece que el hombre dotado de razón como de un glorioso distintivo, forceje hasta tal punto para desterrar del universo la razón suprema. ¿En tan poco estimáis la inteligencia que así odiéis el nombre de ella cuando se trata de ordenar el mundo? Os envanecéis de la vuestra, la mostráis como blasón de nobleza, encarecéis su alcance y se exalta vuestro orgullo á la sola idea de que se pretende rebajar alguno de sus quilates; ¿y no admitiréis una inteligencia de donde haya dimanado la vuestra, y que haya dado orden y concierto á esa máquina que os asombra con su grandor y sus maravillas?

Si no existieran otros motivos para convencer que la naturaleza del hombre ha sufrido algún quebranto, el cual la ha rebajado de su dignidad primitiva, y ha oscurecido la mente, y torcido la voluntad, bastarían sin duda á probarlo los inconcebibles extravíos á que se abandona nuestro espíritu. Se escribe la historia de las naciones, se pintan sus revoluciones y sus guerras, en las que vemos retratada ciertamente la miseria y la iniquidad del hombre; pero quizás en ninguna parte se presente tan negro el cuadro como en la historia del espíritu, es decir, de las ciencias. En esa región sublime, donde al parecer debiera reinar señora la cuerda sabiduría, donde las pasiones no debieran tener entrada ni ser toleradas en los alrededores, para que no contaminasen la atmósfera con su apesado aliento; allí campean también la locura, el orgullo, la ciega presunción, manifestando al hombre en toda su desnudez, llenando de cruel amargura á quien creyera que había de encontrar á los sabios á manera de coros de ángeles. Pero nunca, nunca como en el pasado siglo se vió al genio del mal insultar con tanta impudencia al buen sentido de la humanidad; nunca se le vió con tan perverso

sos designios, cubierto con las ínfulas de la ciencia para extraviar á los incautos; nunca se vió tamaño esfuerzo para reducir á sistema la irreligión, estableciéndola sobre su digna base: el ateísmo.

La naturaleza, las fuerzas superiores, las leyes necesarias, la sucesiva transformación de los seres, y cien otras palabras semejantes fueron adoptadas como motes del enigma; ellas no expresaban nada, es cierto; pero envolvían las ideas en misteriosa obscuridad, hacían que el sencillo lector no advirtiese toda la absurdidad de las hipótesis sobre que se intentaba cimentar el sistema; y quizás se le hacía creer que era científica una explicación que no estribaba sino en una palabra empleada con la más insigne mala fe. Las matemáticas, los conocimientos físicos, habían dado grandes pasos. Se explicaban muchos fenómenos de una manera si no satisfactoria á lo menos plausible; y todo esto se empleaba para alucinar á los ignorantes, haciéndoles creer que la cadena de las causas terminaba en la región de la materia. ¡Ingratos! el haber adelantado en el conocimiento de la criatura, ¿no debía elevaros hacia el Criador?—J. B.

ANTIGÜEDADES.

Con mucho placer insertamos el siguiente documento, porque tenemos satisfacción cumplida cada vez que podemos contribuir á realzar en algo el lustre de nuestra patria. Felicitamos á los Sres. Subirana y Cerdá por su hallazgo, y nos atrevemos á exhortarlos á que continúen dedicándose á una clase de tareas tan útiles como descuidadas. Sabemos que dichos señores no pierden de vista este negocio; con respecto á las luces históricas que de aquí podrían resultar, nos reservamos hablar de nuevo de este interesante asunto, cuando podamos hacerlo con mayor caudal de datos.

Nuestros lectores descifrarán con poca dificultad el anagrama del Sr. *Don Diego Lorpli*, reconociendo en él al insigne anticuario D. Jaime Ripoll, canónigo de la iglesia Catedral de Vich, uno de esos hombres que honran el país en que nacen, á pesar de que su extremada modestia los induzca á envolverse en la obscuridad. Teniendo alguna noticia de los muchos trabajos del Sr. Ripoll, nos lamentamos de que los conserve ocultos en su bufete, y siempre tememos no queden perdidos para la historia preciosos apuntes que pudieran ilustrarla (1).

INSCRIPCIÓN ROMANO-IMPERIAL,

recién descubierta en el Congost, y copiada por dos curiosos investigadores de antiguallas. Ofrece un ensayo de su interpretación sujetándole á la censura de los mismos copiantes y demás inteligentes Diego Lorpli.

IMP CAES O SSI^MO
C. TRAIANO CIO
PIO FELICI INVC
TO. AVC. DAC
MAX PONT
MAX OTRIBPOT
III PP COS III PRO
COS. ET QHEREN
NIO. ET RVS C O
MESSIO DECIO
COS ET O\
HOSTIL

(1) Al corregir las pruebas de este pliego, hemos sabido el fallecimiento del Sr. Ripoll; el clero ha perdido un individuo ejemplar por sus virtudes, y la ciencia arqueológica uno de sus más ilustres profesores.

Descubrióse la presente lápida en Febrero de 1842 abriéndose los cimientos para construir una calera en frente de la casa ó quinta propia de la casa de Terrés de la Garriga, sita á igual distancia de la villa de Centellas y pueblo de Ayguafreda, llamada el molino de las Canas, al pie y junto á la actual carretera de Barcelona á Vich. Examináronla y copiaron por primera vez los diligentes anticuarios D. José Subirana, farmacéutico, y D. José Cerdá, vecinos ambos de la misma villa de Centellas. Tiene la lápida unos cinco palmos de longitud.

Suponiendo bien copiada la inscripción, deben enmendarse los defectos del grabador y del tiempo. En la primera línea en vez de la O debe ponerse Q. Luego debe anteponerse la M que está encima y entre la I y la O, y añadirse una E. En la segunda línea debe llenarse el vacío y ponerse DE. En la tercera falta la I. En la sexta falta la P. En la penúltima debe leerse Q y no O, luego Val. y en la última añadirse ILIANO al Hostil. Messio Decio.

Con estas correcciones y añadiduras de las cuales no hay una siquiera que no esté apoyada en otras inscripciones publicadas por nuestros Finestres, Masdeu, Grutero etc., podrá leerse entera la inscripción en esta conformidad:

IMPeratori CAESari Quinto meSSIO
Caio TRAIANO deCIO,
PIO, FELICI, INVIC
TO, AVGusto, DACico
MAXImo, PONTifici
MAXImo, Principi Optimo, TRIBunitia
POTestatis IIII (quartum), Patri Patriæ, CONSuli
III (tertium) PRO
CONSuli: ET Quinto HEREN
NIO ETRVSCO,
MESSIO, DECIO
CONSuli: et Quinto VALenti
HOSTILiano Messio Decio.....

Extendida así la inscripción podrá traducirse de este mo-

do: (Memoria erigida) al Emperador César Quinto Messio, Cayo, Trajano, Decio, Pío, Feliz, Invicto, Augusto, Dáico, Máximo, Pontífice Máximo, Príncipe óptimo, condecorado con la potestad tribunicia cuatro veces, padre de la patria, cónsul por tres veces, procónsul: y á Quinto Herenio Etrusco Messio Decio.

El referido Lorpli concluye con estas palabras:

A esta interpretación en caso que merezca la aprobación de los eruditos, se seguirán unas notas y observaciones.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.